

Un excelente acuerdo de la Facultad de Filología y del Departamento de Filología Románica ha sido ésta de celebrar una reunión de colegas y amigos en memoria de Pedro Peira Soberón, nuestro compañero desaparecido en la plenitud madura de sus facultades, cuando, situado en el centro de un vendaval de ilusiones y proyectos, más esperábamos de él, de sus reconocidas dotes. «Cuando más ardía el fuego, echaste agua», hemos leído tantas y tantas veces y lo hemos repetido con monotonía de boca que recita escolarmente. La muerte de Pedro nos ha obligado a escuchar, con temor, el agrio chasquido de la imagen manriqueña.

Probablemente, muchos de vosotros, en este cortísimo espacio de tiempo que nos toca, destacaréis las cualidades múltiples y brillantes de Pedro Peira. Yo podría añadir muy poco a esa profunda, emocionada letanía de pareceres. He tratado a Pedro Peira desde que era estudiante y he compartido con él numerosos y a veces conflictivos azares de la vida universitaria. Siempre me llamó la atención la facilidad de Pedro para ver, entrever (cuando no adivinar) la realidad última de las cosas, disfrazada con la faramalla de la vida administrativa. Por eso le aconsejé que aceptara la Secretaría de la Facultad cuando la ocasión se presentó. Vimos muy bien los dos que ya no se podía ser catedrático con el modelo de mi generación, catedrático totalmente desterrado de los quehaceres interiores de la trabazón universitaria: todo nos lo daba hecho la compleja máquina de la burocracia. Era menester embarcarse en la nueva circunstancia. Estábamos a punto de ser arrasados por un torbellino de transformaciones, inevitable por añadidura, y sólo con sus propias armas podríamos incorporarnos a sus resultados. Y era, además, necesario hacerlo desde dentro. Las situaciones sucesivas han venido a darnos la razón. Pedro fue Secretario de esta casa y lo hizo muy bien. Lo mismo puedo decir de su paso por la Dirección del Departamento. Tuvo que enfrentarse allí a

situaciones de variado signo y lo hizo con fortuna, con generosidad de miras, con tino. Es decir, de la única forma posible de actuar en un grupo de personas egregias y, por lo tanto, de pareceres con frecuencia encontrados: con decidida voluntad de entendimiento. Esa armonía, ese sentido dinámico de la integración lo habéis heredado y redondeado los que le habéis ido sucediendo, y habéis conseguido así que yo haya seguido considerando el Departamento y vuestros deseos como míos. El Departamento que iniciamos en un entonces ya no muy próximo, empujándole con unos hábitos en su día detonantes y que el tiempo ha convertido en norma. Pedro fue el más activo sostén de aquella muda evolución.

En la única tarea extrauniversitaria que he tenido y mimado, la Escuela de Verano del Ministerio de Asuntos Exteriores, fui, poco a poco, descansando en Pedro las tareas, particularmente difíciles, de la vida «oficial» del curso y sus relaciones con las diversas Direcciones Generales. Pedro lo realizó con indudable acierto, y ya era el auténtico Director de la Escuela. Igual capacidad y tono humano demostró durante el tiempo en que dirigió el Instituto Español de Liverpool. Lástima que la acreditadísima sapiencia de nuestras autoridades educativas, las que *cuidan* de la cultura española en el exterior, hayan arrinconado esa institución, desperdiciando tanto y tan penoso esfuerzo.

Pedro volvió a España lleno de jugosos planes ilusionados y de proyectos ambiciosos y fecundos. Día a día iba poniéndolos en pie. En ese momento, la enfermedad puso en vilo todas las alarmas. Día a día asistimos a la lucha enconada entre las esperanzas y los desánimos. Hoy, cuando ya el supremo silencio le rodea, he vuelto a darme cuenta clara de cuánta inutilidad, cuánta presuntuosa vaciedad seudoliteraria arrastra consigo toda la literatura funeral, tan copiosa y, a veces, tan desceñida en hermosuras. He rebuscado aquí y allá para leeros alguna cosilla y no aburriros con «ocurrencias» mías. Todo aparece súbitamente despojado, frágil y huidiza purpurina desmoronándose. He de decirlo con las palabras más corrientes y gastadas: he perdido no sólo un magnífico colaborador, del que yo aprendía algo nuevo en cada charla, sino, y ante todo, un excelente y leal amigo. Y la Universidad ha perdido un elemento de su cada vez más complicado engranaje, un elemento de enorme capacidad, sabiduría, disposición de ánimo, diafanidad de espíritu. Si es verdad, como el viejo texto bíblico nos anuncia, que nuestras vidas pasarán como el rastro de una nube, a nosotros nos corresponde comprobar, y para eso nos hemos reunido hoy aquí, que en este caso, *hay rastro*, no todo es el improporrogable vacío, el hondo mutismo compacto que sucede a las voces queridas. No sólo será el consuelo y ejemplo que nos deja su memoria, sino, para bien nuestro, nos lega una inesquivable compañía: la de andar, ya para siempre, en estrecho mano a mano con su nombre, su gesto cordial e irrepetible.

(Palabras pronunciadas en ocasión del Homenaje que se dedicó al Prof. Pedro Peira Soberón, el día 26 de mayo de 1995 en la Facultad de Filología de la UCM.)

Alonso Zamora Vicente